

"... SE LLENARON TODOS DE ESPIRITU SANTO" (Hch 2,4)

Cuesta ocultar un cierto escepticismo ante la invitación de celebrar la venida del Espíritu Santo este año. Pues nuestro espíritu está abatido ante tan grande "merma" del número de chilenos que se confiesan católicos. ¡Tanto pecado en miembros importantes nuestros y de la sociedad, pecados puestos a la vista de todos, y tanta inhumanidad de una guerra que parece desarrollarse lejos y, sin embargo, nos parte el corazón! Una sensación de impotencia y vacío se ha apoderado de nuestros sentimientos más profundos, hasta tal punto que ya no quisiéramos ni oír o ver nada, menos todavía del Espíritu Santo. Este Dios Santo, pues ¿ dónde está? se preguntan muchos hoy.

Si nos fijamos, sin embargo, en la situación concreta de la Iglesia primitiva, reunida en Jerusalén, tal como la describe el relato de Hch 1,12 -2,13, en su estructura jerárquica, abierta desde su núcleo íntimo, los Doce, (Hch 1,13) a los discípulos (Hch 1,14) y rodeada por " los demás hombres"(Hch 2, 5-13), descubrimos, de pronto que todos ellos viven nada distinto a lo que nos pasa hoy: gente afectada por la propia infidelidad, hasta en sus esferas máximas(Hch 1,16-19), con "las puertas cerradas por miedo a los judíos" (Jn 20, 19), debe hacerse cargo de un futuro incierto, que tiene en espera a todos. Tal vez, lo único que los distingue de nosotros es que ellos oran (Hch 1,14) y confían en el cumplimiento de la promesa de Jesús, más allá de su propia frustración (Hch 1, 4-5).

De ahí, la fuerza, con que Dios irrumpe "de repente" (Hch 2, 1). Pero, no sólo, este "de repente", sino también el "cumplirse"(2,1), subraya que Dios actúa a través de la debilidad humana, conforme a la Promesa de Jesús referente al bautismo, que recibirán todos "dentro de pocos días" (Hch 1,5), "en espíritu y fuego"(Lc 3, 16) y a modo del suyo propio (Lc 3,21-22). En efecto, el bautismo de Jesús y la bajada imponente del Espíritu Santo sobre él, constituyen el trasfondo literario y el modelo para el bautismo de todos, que nos relata Hch 2, 1-4. En este relato Lucas no afina el material tradicional que tiene a su disposición, pero sí logra involucrarnos en un acontecimiento dramático a través de los cuatro pasos, que evocan la venida del Espíritu Santo sobre María en la Anunciación (Lc 1, 26-38), más allá de los acontecimientos del Sinai.

Primera: "De repente vino del cielo un ruido como el de una impetuosa ráfaga de viento"(2,2). Dios llega al hombre desde fuera, pero lo alcanza en el núcleo de su ser por el oído. Por cierto, aquí no se trata de palabras precisas, bien moduladas, sino de una "ráfaga de viento", que apunta a algo distinto de sí, al mismo Espíritu Santo. Si el texto habla de "viento", establece una comparación, que recuerda la antigua tradición que desde el libro Génesis hasta el Evangelio de Juan reconoce a la *ruaj* de Dios a través de efectos similares a un soplo, del cual no se sabe de donde viene ni a donde va(Jn 3, 8). Cuando Hch 2,2 destaca su fuerza, a la vez que insiste en el hecho de que "llenó toda la casa", subraya la índole inasible, que le es propia del Espíritu, cuando éste colma aquellos vacíos que, de modo paradójico, se encuentran ocupados por gente "lleno de miedo". Resalta sí que el fenómeno de "escucha" no es evidente, sino que requiere ser discernido.

Segunda: "Se les aparecieron unas lenguas como de fuego, que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos" (Hch 2,3). Esta imagen completa, sin duda, lo que la anterior no logró expresar: el Espíritu Santo se deja ver.... por cierto, a través de figuras y formas, que no se centran en El mismo, sino que apuntan más allá a otro, al Otro por excelencia, la Palabra hecha carne, sin que alguna vez adquiera rostro humano. La imagen de "lenguas", en efecto, recuerda la palabra, a la vez que la trasciende. Este mismo aspecto es reforzado todavía por el "fuego", metáfora frecuente en la Sagrada Escritura para designar al Dios Vivo como el Santo y Trascendente, sólo perceptible a través de los efectos, tanto benévolos como destructores, de su amor ilimitado. El símbolo de "lenguas de fuego", muy antiguo y extraño para nuestra mentalidad, confirma indudablemente la índole inasible del Espíritu, más allá de los contornos concretos, con que este Espíritu suele proceder: se entrega "a cada uno", "según su medida"(2,4). Aquí no cabe la idea de una repartición amorfa de dones, tampoco una mirada excluyente, de uniformidad, ya que ella impide ver la realidad a través de perspectivas. El Espíritu de la verdad introduce a la verdad completa siempre de modo personalizado

Tercera: " se llenaron todos de Espíritu Santo"(Hch 2, 4). Acontece lo más importante: el Espíritu Santo llena a todos, no sólo se derrama como un perfume sobre ellos o los rocía desde fuera, sino los penetra. Esta afirmación articula, de modo escueto, el contenido teológico denso de la venida del Espíritu Santo, que asegura que éste Espíritu llega al núcleo de nuestro ser. El "llenarse de espíritu...", (es significativo la falta de artículo en Hch 2, 4) describe un acontecimiento vital, que supone un receptáculo, tanto espacial como temporal, capaz de ser llenado y necesitado de serlo. En este sentido la Sagrada Escritura usa los términos *plereio* para describir un colmarse progresivo, tanto

puntual como permanente, que en un preciso momento hasta desborda, según atestiguan los escritos lucanos y paulinos. Tal desborde, que caracteriza a Dios, Su Gracia (Rm 5, 20) y Su Espíritu (Rm 15, 13) describe el relato de Pentecostés a través de la sobreabundancia de los efectos, a modo de los dones carismáticos como el de la glosolalia. El orden que conservan estos dones pese a su exuberante riqueza, es criterio seguro de su origen pneumático(1 Co 12, 28).

Quarto: " y se pusieron a hablar en diversas lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse"(Hch 2,4): los discípulos "llenos de Espíritu Santo" verifican una antigua verdad: el misterio, no habla, pero hace hablar. Cuando Hch 2, 4 afirma: "...todos comenzaron a hablar". atestigua que algo les "ha pasado", algo decisivo y novedoso les "ha tocado", de tal modo que hablan. El discurso de Pedro (Hch 2, 14-36)interpreta este hablar a la luz de la persona de Cristo, su muerte y resurrección como una confesión de fe: Jesús es el Señor, -confesión sólo posible en el Espíritu (1 Co 12,3) y como tal criterio de autenticidad pneumatológica. Pero en Hch 2, 4 todavía hay algo más: "cada uno lo escucha hablar en su propio idioma", es decir, todos son alcanzados desde dentro y a su manera por el modo de hablar de los discípulos, lo cual les "llena de estupor"(Hch 2, 6). Estamos aquí ante el efecto más notorio de la presencia del Espíritu, que no sólo penetra los sentidos desde fuera hacia adentro en una experiencia inaudita de plenitud, sino abre éstos mismos desde dentro hacia fuera para una verdadera comunión católica.

Sin embargo, llama la atención, que la acción del Espíritu no convence automáticamente a todos los "hombres piadosos venidos de todas las naciones"(Hch 2,5). Pues, escuchando y viendo lo mismo, "otros" llegan a la conclusión: "¡Están llenos de mosto!"(Hch 2,13). Cuando el relato menciona, por cuarta vez, el hecho de "llenarse": no sólo confirma lo anteriormente señalado respecto del "tiempo cumplido" (Hch 2,1), de la "casa" (2, 2), de "todos" (2,4) hasta la "gente"(2,6), sino también destaca la ambigüedad inherente a lo que los sentidos nos ofrecen. Ellos no sólo son inconfiables, más bien, hasta cierto punto son incapaces para captar la realidad de Dios, a no ser que se transforman en "sentidos espirituales", como enseñan los Padres de la Iglesia a partir de Orígenes. Ciertamente el Espíritu Santo no atropella los sentimientos del oyente, lo deja en libertad para decidir sobre lo que percibe, pero esto requiere de discernimiento. Esto vale sobre todo, para los sentidos "mas bajos", el gusto y tacto, que aquí hacen crisis, pues están "debajo" de los demás, explica Tomás de Aquino.

El relato de Pentecostés articula tanta plasticidad y eficacia "sentida", que evoca en nosotros el deseo de querer saber ¿cómo se produce la transformación de nuestros sentidos en "espirituales", de tal modo que ellos se unifican para una visión "ardiente"(Lc 24, 32)? Pese a que la pregunta por tal "cómo" se plantea con frecuencia en la Sagrada Escritura, la respuesta es siempre la misma, aquella que recibió María: el "Espíritu Santo" vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra" (Lc 1, 35). Sin duda, puede entreverse aquí mucha delicadeza, que evita que el frágil ser humano sucumba bajo el peso de la llegada de Dios, pero nada más. El bautismo de Jesús, por lo menos cuenta con la voz del Padre que se declara en favor de Su Hijo y san Pablo nos relata que "el Espíritu atestigua a nuestro espíritu, que somos hijos de Dios"(Rm 8, 15). Ireneo de Lyon, por su parte, se aventura en afirmar, que el Espíritu Santo, gracias a su presencia en Jesucristo, se ha acostumbrado a los palpitos de nuestro corazón. Tal vez es san Agustín, quien mejor explica el "cómo" de nuestra transformación, cuando se refiere a Rm 5,5 e insiste que la llegada del Espíritu Santo no solo nos permite experimentar el amor de Dios, sino nos hace "amantes suyos". El amor, pues, unifica todo nuestro ser para aquella novedad inaudita que celebramos en Pentecostés.

De ahí que este año la celebración de la venida del Espíritu Santo tampoco nos debería dejar indiferentes ni abandonados a nuestros vacíos, sino llenarnos de aquella certeza, que Dios infundirá en nuestro espíritu, cuando actúa "de repente". Pues El transformará nuestros desamparos en experiencia espiritual, es decir, vivida y gozada en el Espíritu Santo, "hasta rebosar de esperanza por la fuerza Suya"(Rm 15, 13).

Anneliese Meis S. Sp. S